



Refinería petroquímica de Asaluyeh, cerca del yacimiento de gas de South Pars, en el sur de Irán. ABEEDIN TAHERKENAREH (EFE)

## Los analistas alertan de que el suministro por Ormuz tardará meses en recuperarse

Las navieras recelan del alto el fuego en un Estrecho colapsado de buques

NURIA SALOBRAL  
Madrid

El frágil alto el fuego entre Estados Unidos e Irán incluye la reapertura del estrecho de Ormuz durante dos semanas, un plazo escaso para que este estratégico paso marítimo recupere la nor-

malidad porque es un proceso, que según los analistas, se medirá en meses. El pacto abre una primera oportunidad para que los países del golfo Pérsico puedan volver a exportar petróleo, gas natural y fertilizantes, pero el conflicto ha marcado un antes y un después que va a hacer difícil regresar a la situación anterior.

La primera reacción en el sector naviero es de prudencia, a la espera de que se aclaren las numerosas incertidumbres y amenazas que planean sobre la tregua. De hecho, ayer EE UU aseguró que el paso estaba abierto,

pero después la agencia iraní Fars aseguró que seguía cerrado por los ataques de Israel sobre Beirut. Según Reuters, varios barcos en la zona recibieron avisos en este sentido atribuidos a la Marina de Teherán. En el mejor de los casos, por delante queda resolver el embotellamiento de buques atrapados en Ormuz, recuperar la producción en los pozos parados y reparar las instalaciones energéticas dañadas por los ataques. La Agencia Internacional de la Energía calcula que más de 70 instalaciones energéticas —campos de petróleo y gas, refinerías, infraestructuras— en Oriente Próximo han sufrido daños, y más de un tercio de ellas están gravemente o muy gravemente dañadas. “Esto significa que se necesitará mucho tiempo para que algunas vuelvan a sus niveles normales de operación”, señalaba el martes a este periódico Fatih Birol, director ejecutivo de la AIE.

La guerra en Oriente Próximo ha paralizado un rincón del planeta por el que circulan 20 millones de barriles de petróleo al

**Los productores de petróleo y gas afrontan costosas reparaciones**

**“La perturbación energética ha sido brutal”, asegura un experto**

día. El cierre de Ormuz, la valiosa (y única) baza que ha jugado Irán en su resistencia frente a EE UU e Israel, ha privado a la economía mundial de alrededor del 20% del crudo y el gas natural que se consumen a escala global. Regresar al punto previo al conflicto va a llevar tiempo y va a ser un camino plagado de retos, diplomáticos y logísticos: las propias autoridades iraníes han reconocido “dificultades técnicas” para la reapertura de Ormuz. Los países petroleros de la zona paralizaron la producción una vez que alcanzaron el límite de

almacenamiento. Pero la reactivación de los pozos paralizados no es automática y no se producirá hasta que los barcos tengan garantías suficientes para darles salida. Además, no toda la producción y exportación se puede recuperar en igual medida: en el crudo puede ser algo más sencillo, pero los productos refinados y el transporte de gas natural licuado requieren más aspectos técnicos.

Para Gonzalo Escribano, investigador principal para energía y clima del Real Instituto Elcano, el alto el fuego no será suficiente para recobrar cierta normalidad. “La perturbación energética ha sido brutal, la mayor de la historia, y la recuperación de la actividad y la reparación de los daños lleva tiempo”, explica. Algunos ya van a dejar una huella a medio plazo, como el ataque sufrido por la planta catari de gas natural Ras Laffan, dañada en el 17% de su capacidad y cuya reparación va a llevar un tiempo de hasta cinco años. Qatar ya ha avanzado que los contratos de exportación de gas natural licuado firmados con China, Corea del Sur, Italia y Bélgica se verán afectados. Los daños en Ras Laffan son los de mayor magnitud, si bien Israel también ha atacado el mayor yacimiento de gas del planeta, Pars Sur, a caballo entre Irán y Qatar, que tardará tiempo en volver a operar. “Irak tardó 10 años en recuperar los niveles de producción previos a la guerra”, recuerda una analista.

Las compañías navieras recelan del alto el fuego. Unos 800 buques han quedado atrapados en el golfo Pérsico y otros mil estarían a la espera de entrar, con más de 20.000 marineros a bordo. “Los buques atrapados estarán interesados en zarpar tan pronto como sea seguro hacerlo. Pero zarpar sin una coordinación previa con Estados Unidos e Irán supondría un mayor riesgo y no sería aconsejable”, declaraba ayer Jakob Larsen, director de Seguridad y Protección del Consejo Marítimo Internacional y del Báltico (BIMCO).

## El espejismo financiero de la desescalada

Análisis

SANTIAGO CARBÓ

El alto el fuego de 15 días entre Estados Unidos e Irán no es, en términos económicos, una pausa. Es un experimento en tiempo real sobre la fragilidad del orden financiero global. Los mercados han reaccionado como si la guerra hubiese terminado. Pero no ha hecho más que mutar.

El primer reflejo ha sido casi pavloviano. El petróleo se ha desplomado, con caídas cercanas al 15-20% en cuestión de horas, y las Bolsas han repuntado con fuerza, celebrando las aparentemente prometedoras noticias, aún no confirmadas, del estrecho de Ormuz. Este movimiento revela hasta qué pun-

to la economía mundial sigue secuestrada por un elemento geopolítico como es un estrecho por el que transita cerca de una quinta parte del crudo mundial. Interpretar esta reacción meramente como un alivio es una lectura algo superficial. Se trata de un reajuste de expectativas, no una normalización. El petróleo sigue significativamente por encima de los niveles previos al conflicto, y el gas continúa tensionado, reflejando daños estructurales en infraestructuras energéticas.

En otras palabras, la tregua no elimina el *shock*, solo lo descuenta parcialmente. Más interesante aún es la dimensión financiera. Durante las semanas de conflicto, se han roto correlaciones históricas. Acciones, bonos y oro cayeron simultáneamente, dejando a los inversores sin refugios claros. Ese colapso del manual clásico de gestión del riesgo no se ha re-

vertido con la tregua. Simplemente ha quedado en suspenso. Se ha introducido, además, un nuevo activo implícito como es la volatilidad política. En este contexto, el mercado no descuenta paz, sino opcionalidad. Las subidas bursátiles no son una especie de *rally* del alto el fuego, sino una apuesta táctica a corto plazo en un entorno de incertidumbre radical. Es el equivalente financiero de comprar tiempo.

El verdadero impacto puede estar desplazándose hacia la política monetaria, ya que reduce temporalmente el riesgo de un *shock* inflacionario adicional, lo que abre la puerta a una pausa (¿incluso recortes?) en los tipos de interés. Sin embargo, esta relajación puede ser engañosa. Si el conflicto se reactiva, los bancos centrales se enfrentarán a un dilema aún más complejo entre inflación energética y desaceleración económica. En paralelo, emerge un

fenómeno más profundo: la financiarización de la geopolítica. El alto el fuego no es solo un acuerdo militar, sino un instrumento de gestión de expectativas en los mercados. Su duración de 15 días coincide más con los ciclos de *trading* que con los tiempos diplomáticos. No busca resolver el conflicto, sino modular su impacto. Surge una pregunta incómoda. ¿Y si la guerra ya no se libra solo en el terreno, sino en las curvas de futuros del petróleo y en los diferenciales de crédito?

La tregua, en este sentido, no reduce la incertidumbre sino que la redistribuye. Desplaza el riesgo desde el suministro energético inmediato hacia la credibilidad de los actores políticos. Y en ese terreno, la volatilidad es mucho más difícil de cubrir. Quince días no son una solución. Son una ventana en la que el mercado finge entender un mundo que, en realidad, es estructuralmente impredecible.

Santiago Carbó Valverde es catedrático de Economía de Cunef Universidad.